

Una fotonovela de la Historia



Con el fin de terminar de convencer a Enrique IV de que debe abdicar en su hermana Isabel, se leen las condiciones que ésta ha puesto al infante de Aragón para con partir el gobierno de ambos reinos: una fórmula sutil que une Castilla y Aragón sin que, sobre todo la primera, pierda la autonomía. (Fotograma de la película «La espada negra»).

COMO ya es sabido, los años cuarenta españoles tuvieron un reflejo en el cine absolutamente ajeno a la realidad. Si la posguerra italiana creó el neorrealismo como estética del subdesarrollo, en España, tras la victoria de las tropas de Franco, se inició un ciclo de cine «heroico» y «patriótico» donde, como ya hubiera ocurrido en la Italia mussoliniana, se pretendiera ante todo convencer al espectador de la grandeza de su país legitimada por otras «grandezas» anteriores. Es decir, un cine histórico que contemplara sus personajes aislados, motores exclusivos de la marcha de la Historia, en los que se apoyaba toda la suerte o la desdicha de unas etapas precisas y que, con un maniqueísmo realmente primitivo, servían al tiempo para representar a la España vencedora frente a un enemigo cobarde, traidor y tramposo (moros, franceses o indios) que, al oscuro servicio de fuerzas extranjeras, deseaban «vender» España.

Un cine de suntuosos decorados de cartón piedra, pleno de «frases» brillantes y actos ejemplares, que forzosamente debían sorprender al espectador de una España de restricciones, terror y depuraciones políticas. Lo que conviene señalar, porque la razón

última de este cine en función de los productores que lo hicieron posible no se encontraba en el éxito de público que las películas alcanzasen (no más de media docena lo consiguieron realmente), sino en el mecanismo económico fomentado desde el Ministerio correspondiente: la realización de una de estas películas permitía a su productor la importación de un número determinado de films norteamericanos que sí lograban el éxito popular (y económico) deseado; por otra parte, muchas de las películas «históricas» del momento fueron subvencionadas directa o indirectamente por el presupuesto estatal. Si estas películas tenían que convencer prioritariamente a los funcionarios de turno, sin otro más objetivo que el de lograr unos permisos de importación (algunas de ellas no llegaban ni a estrenarse), poco podía importar que lo reflejado en estos títulos tuviese o no relación con la realidad auténtica; a nadie le preocupaba que las películas en cuestión ayudasen o no a la comprensión de un momento de la Historia española, ni por supuesto que esa comprensión sirviera a un entendimiento dinámico del presente: cuanto más se parecieran a los discursos oficiales del momento, más «patrióticas» y «españolas» eran.

Aun cuando el gusto de los funcionarios fuera variando por la distinta perspectiva política que España comenzó a vivir a partir de 1945 con el desenlace de la II Guerra Mundial, no cesó, sin embargo, su dominación de las posibilidades expresivas del cine español, y no se abandonó ya por parte de los profesionales del cine el criterio de que la Historia no podía ser vista más que como lo había sido en «Locura de amor», «Agustina de Aragón», «La Nao Capitana» o «Reina Santa»...

«La espada negra» película dirigida ahora por **Francisco Rovira Beleta**, viene a demostrarlo. Ciertamente aquí ya se permiten desnudos que en aquella época eran impensables; cierto que incluso se insinúan relaciones homosexuales entre un rey (Enrique IV) y un miembro de la Corte (Juan Pacheco, marqués de Villena); cierto que la Iglesia (en el personaje del arzobispo de Toledo) no es precisamente heroica, sino intrigante y ambiciosa. Pero la evolución histórica no deja de verse como el esfuerzo individual de unos políticos justos y generosos frente a la degradación moral de ciertos cortesanos débiles o corrompidos: la infanta Isabel de Castilla lo entenderá así y, ante la incompreensión general, luchará denodadamente por conseguir limpiar el reino de Castilla de todo tipo de corrupciones. Más aún, su alta visión del futuro de España la empeñará en lograr la unidad que, en la película, además de cuatro o cinco frases «brillantes», se concreta en su deseo de casarse con el infante de Aragón, don Fernando.

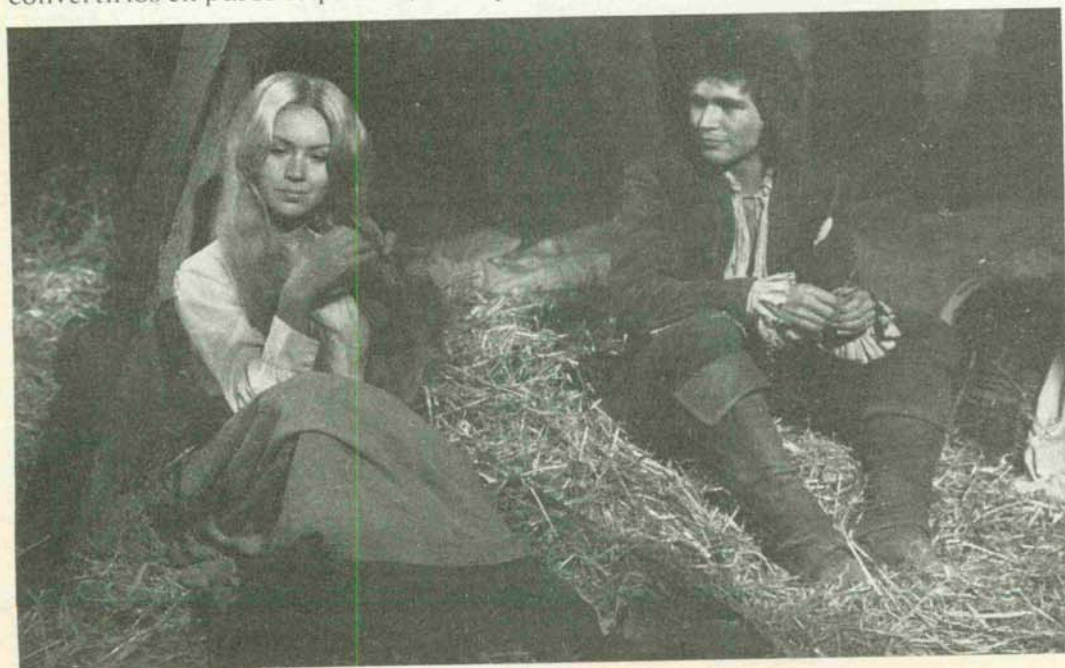
«La espada negra», como contribución a un estudio de la Historia, no sólo «comprende» que el llamado pueblo no debe aparecer en ningún momento por ninguna razón (hasta el punto de que en una secuencia concreta, en la que se finge el destronamiento de Enrique IV de Castilla, ese pueblo sólo es oído gritar y nunca visto); no sólo margina las causas económicas que podía haber en el deseo de unificar Castilla y Aragón (el reino más habitado y más pobre con el más esplendoroso aunque en ese momento, crítico); no sólo, además, histrioniza a los personajes hasta convertirlos en puros esquemas; sino que, de cara a

la «moda», convierte la relación matrimonial de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla en una fotonovela romántica y falsa donde imperan los buenos sentimientos y el platonismo. Lo que a Carlos Blanco como guionista y a Rovira Beleta como director les interesa es, de nuevo, ganarse un mercado fácilmente (lo que, al parecer, no han conseguido), insistiendo en los viejos personajes heroicos y añadiendo un trozo de folletón, digamos, «moderno»: una especie de «love story» frente, supongo, a la corrupción del «destape» actual del cine español que, de paso, también es aprovechado:

Para negarse al matrimonio pretendido por Isabel, Fernando viaja desde Aragón disfrazándose de bucólico criadillo hasta que, naturalmente, cae perdidamente enamorado de la doncella (también tremendamente disfrazada de pobre por mor del mal gobierno de su hermano, el rey). Los encuentros, las situaciones equívocas y el lento desarrollo de la pasión amorosa, forman el núcleo principal de «La espada negra», que ya la publicidad, quizá por pudor, anuncia como «una leyenda que merecía haber sido real». Ni siquiera para compensar tanta mala literatura existe en ella un mínimo rigor histórico ni una pequeña participación al acercamiento adulto a nuestra Historia. Los que creyeran que, superadas en teoría las razones que hicieron posible aquel ciclo «histórico» de los años cuarenta, podía hoy realizarse un cine a la altura de 1976, vayan perdiendo las esperanzas. Seguimos en el Imperio, la raza y la bondad o la maldad de unos seres excepcionales. ■
DIEGO GALAN.

«LA CIUDAD QUEMADA»

Una vez que —en el número 19 de TIEMPO DE HISTORIA— publicamos un amplio artículo de José Batlló en torno al guión de «La ciudad quemada» y que, después de realizada, la película no varía apenas del mismo, remitimos a nuestros lectores a dicho escrito. Que puede completarse con el bloque de trabajos que, en el número 7, dedicamos a la Semana Trágica de Barcelona.



Fernando de Aragón se disfraza de «hombre del pueblo» para conocer más de cerca a la mujer que le han destinado, y vive con ella las aventuras fotonoveleras que ella sufre para lograr ser nombrada reina: ésta es la base fundamental de «La espada negra» en la que sólo importa este pobre romance literario.